

Teresa Cárdenas Angulo

A TODOS LOS QUE PERDIERON SU NOMBRE

En cuanto llegó del Mercado de Esclavos, con un aro de hierro en el cuello, arrastrando cadenas, enflaquecido y desnudo, los blancos del ingenio le marcaron la espalda con un carimbo al rojo vivo y lo nombraron José. Pero su verdadero nombre era Mandala y fue atrapado cerca del río Zaire. Allí era nganga mune: curandero, médico de su pueblo. Sababa con rezos y barro, con plantas y fuego. Mataba espíritus de enfermedades con canciones antiguas y hechizos. Era venerado y temido, y su linaje de sanadores venía desde que el Manicongo Lukeni Lua Nimi fundó el antiguo reino del Congo.

La llamaban Maria Eleuteria de la Merced. Lavaba la ropa de la casona, los calderos y la vajilla, atendía el jardín y los hijos pequeños de los señores y, muchas noches, el blanco la tomaba por la fuerza tapándole la boca con un trapo, pero su verdadero nombre era Kanté y en su pueblo fue Arugba, la doncella virgen que llevaba en sus manos las peticiones y ruegos de todos, caminando despacio por el oloroso bosque de Osun hasta depositarlas con cuidado en el río Oxún, donde habitaba la diosa de la fertilidad y la sanación. Su oscura piel la distinguía entre todas las vírgenes. Se decía que era la más bella entre las muchachas de las tribus y poblados vecinos.

El nombre africano de Natividad de Jesús significaba Corona de diosa. Adeyeye. Su nacimiento fue anunciado por los ancianos de su tribu mucho antes de ser concebida. Si no la hubieran secuestrado cuando apenas era una niña, ahora sería Ifagburé Adeyeye Nla Iyá, la reina poderosa que su pueblo esperada hacía años, a la que Dios daría poder en su lengua solo para bendecir.

Los blancos no sabían de sus vidas antes

de comprarlos. Revisaban sus dientes, sus brazos, espaldas y piernas, si estaban fuertes y sanos, solo eso. No les interesaban las historias de sus nombres ancestrales, ni lo que significaban o quiénes los habían otorgado. Ignoraban que eran nombres pronunciados por divinidades de los bosques y las encrucijadas, que eran legados sonoros traspasados por parientes muertos a los que recién comenzaban a respirar y andar. Nombres de protección, secretos, que nadie debía saber. Y nombres comunes, que mencionaban apellidos familiares y oficios reconocidos. Nombres entregados en medio de la noche o de la lluvia, como una canasta sagrada, hecha con sonidos, sílabas de siglos.

No les importaba. Para ellos solo eran negros salvajes, ladrones, sucios, borrachos, mentirosos y reviraos. Hablaban y parecían animales gruñendo. No imaginaban la edad que tenían, ni de qué familia o pueblo fueron arrancados. No entendían sus palabras ni sus dioses, ni por qué gritaban cuando les vendían los hijos. Miraban sus marcas tribales y ojos altivos y sentían que eran como animales al acecho, bestias que en medio de la noche los desollarían vivos con el mismo cachimbo afilado con que cortaban la caña.

Temían. Y aquel miedo no se les iba con nada. Ni con el hierro ardiente con que los marcaban en el pecho o la espalda, ni con el dios nuevo que les imponían, ni siquiera con la muerte atroz que les daba cuando no querían someterse.

Por eso trataron de civilizarlos. Con cruz y látigo les obligaron a aprender el idioma de los amos, y siempre tenían a mano otros nombres para cambiarlos por aquellos impronunciables, primitivos. Los más frecuentes eran los de santos, mártires y vírgenes

cristianos. Esteban, Tomás, Juan, José, María, Bárbara... Así nombraban a los esclavos a su gusto y antojo. Si era un negro robusto: José o Pedro. Si era una negra joven: María o Francisca. A Babatunde le pusieron Andrés, y a Oluwole, su hijo, la señora lo hizo bautizar como Juan de la Cruz. Nicolasa Epifanía era criolla, pero su madre conga, a escondidas, la llamaba Matamba. El mandinga Leocadio Trinidad era uno de muchos que no recordaban ni su propio nombre. José de Jesús Nazareno, Felipa, Gertrudis, María Eloísa, Baltazar, Hilario, Cayetano... los nombres puestos para que olvidaran todo. Para borrar con letras nuevas todo su pasado. De dónde venían, cómo hablaban, quiénes eran.

A veces, como en visiones, recordaban el caudal abundante de ríos y lagos, veían los bosques encendidos por luciérnagas o por el brillo de las estrellas, imaginaban las inmensas llanuras amarillas pero, confundidos, olvidaban todo lo demás... ¿Cómo construían sus casas, redondas, con techos de paja seca y paredes de lodo y troncos...? ¿De qué manera diseñaban los senderos escondidos para ponerse a salvo de elefantes y tigres...? ¿Cuál corteza o fruto de árbol servía para sanar, cuál para matar...? ¿Cómo sembraban las semillas blancas y mágicas de los baobás? ¿Y el león, seguía rugiendo en las noches...? ¿Y las hienas, continuaban riendo atolondradamente...? ¿Los gorilas espaldas plateadas seguirían golpeándose el pecho y alborotando en la floresta...? Ya no sabían...

¿Cómo se llamaban aquellas flores, pequeñas y rojas, que encontraban al borde de los caminos...? Y los árboles, altos, espigados, ¿de dónde extraían aceites y vinos...? La sopa de melón, ¿cómo se hacía...? ¿Y el funche, y el atásí oyá que se ofrecía en la celebración de un parto de jimaguas, y el akuaro, el guengeré, el calalú, el embuzi Mukaro...? Tantos olores y sabores perdidos... El regazo de las iyalás, los bastones y la sabiduría de los babalás. Un amplio sendero custodiado por las ramas de los inmensos baobás... Las mujeres caminaban sosteniendo un calabazo en la cabeza, pero... ¿dónde estaba el atajo hacia aquel río que recordaban...? ¿Por dónde la hoguera alrededor de la cual los jóvenes se

sentaban a hacer bromas y bailar...? ¿Dónde las voces ceremoniosas de los griots cantando y contando epopeyas y batallas legendarias...?

No les permitían recordar y algunos no querían hacerlo. Ahí estaban los cañaverales sofocantes llenos de escorpiones y majaés, los mayores restallando los látigos en sus espaldas para que trabajaran más rápido, las cadenas en los tobillos, los cepos como castigo, las orejas y narices cortadas si intentaban escapar, la tortura y la sangre... la muerte al final y comienzo de todo...

Poco a poco, dejaron de llamar omi al agua, a la madre iyá y a Dios Oloddumare. Tampoco levantaban a los hijos al octavo día al Cielo para que le diera un nombre... Ya no tenían el permiso de nombrarse a sí mismos, ni escuchar las voces de las divinidades o sus antepasados. No podían. Por gusto la luna bramaba Obadimeyi, rey coronado dos veces, si luego venía el amo y sus ojos azules y nombraba al recién nacido Agustín... ¿Para qué las aves de la noche alzarían el vuelo en un chillido único a través de las nubes gritando Leiza, consagrada a Dios, a la niña acabada de nacer si después la blanca, sorda y ciega a todo, le pondría Carlota de la Merced a la "criollita"...? ¿Keita, Wangari, Muta, Okafor, Enam, Kainene, Ayó, Kene...? No... Los niños nacían y muchos eran vendidos para que el blanco pudiera pagar alguna deuda o comprar una máquina nueva para el ingenio. A veces no tenían ni tiempo para darles un nombre.

No tenía sentido aferrarse a nada. Ahora pertenecían a los amos, ya no estaban en el reino de Dahomey, Nigeria, ni de Guinea o de Togo. Atrás quedó Camerún, Ghana, Senegal, Congo. Ni los lucumíes, ni los del Calabar, ni los arará, los gangá, ni biohos, popós, minas, zapes, brícamos, mandingas, musundis, suamos, bibís, motembos... absolutamente ninguno de los que habían arrastrado a aquellas tierras encontraba consuelo en sus muchas y diferentes palabras, dialectos, lenguas.